

TRADUCCIÓN

PALI*

BHISHMA SAHNI

Traducción del hindi:
LAURA CARBALLIDO CORIA
y UMA THUKRAL

Nota introductoria

Bhishma Sahni (n. 1915) es un autor muy prolífico que ha incursionado en diversos géneros y actividades. Traductor de Tolstoi al hindi, escritor de novelas, obras de teatro y cuentos que le han valido obtener varios premios literarios nacionales y uno internacional (de la entonces Unión Soviética). Actualmente vive en Nueva Delhi.

Él, al igual que muchos otros escritores y habitantes en general, se vio forzado a emigrar de su lugar de origen en 1947: nació en Punjab, en la parte que ahora se encuentra en Pakistán, y tuvo que ir a la India. Quizás esto, además de la importancia de este suceso que dio origen a la creación de dos estados nacionales independientes, India y Pakistán, hizo que uno de los temas presente en varias de sus obras sea la Partición del subcontinente. Además de “Pali”, que fue publicado en 1985, otras dos obras suyas que tocan este tema son *Tamas*, una novela por la que obtuvo el premio de la Academia Literaria India (Sahitya Akademi) y el cuento “Ha llegado a Amritsar”.

La trama de este cuento se ubica poco después de la independencia, cuando 15 millones de personas atravesaron las dos fronteras entre ambos países (recuérdese que inicialmente Pakistán estaba compuesto por Pakistán oriental y occidental, el primero de los cuales se convirtió en Bangladesh años después) y se desató una ola de violen-

* “Pali” en Bhishma Sahni, *Adhar Chayan, Kahaniyam* (Antología), Haryana, Adhar Prakashan, 1997, pp. 81-100.

cia que superó los enfrentamientos comunalistas anteriores. Así, éste no es únicamente un cuento sobre un niño hindú, Pali, que se pierde y es adoptado por una pareja musulmana, para después ser reencontrado por sus primeros padres, sino, en un sentido más amplio, es un cuento sobre cómo se construye la identidad comunitaria con base en la religión. El cuerpo de Pali se convierte en el campo de lucha de dos religiones, pensadas como símbolos de dos naciones.

Sahni plantea la interrogante de si la religión —para algunos de los personajes— es algo más que una forma de vestir, unos rituales específicos, unas fiestas a celebrar; sobre todo, ante las presiones sociales ejercidas sobre ambas parejas de padres para que éstas no sólo conviertan a Pali, sino que además lo hagan parecer un hindú o un musulmán, según sea el caso.

EL JUEGO NUNCA TERMINA, los extremos de la vida nunca se encuentran el uno con el otro, ni en la vida, ni en los cuentos. Nosotros seguimos viviendo con la esperanza de que algún día se encuentren y a veces tenemos la ilusión de que realmente se han unido.

En algún momento Manohar Lal y su esposa también tuvieron la ilusión de que habían eludido un problema muy grande, el cual se había enredado en su vida y luego se había desenredado. Pero los nudos no se deshacen completamente ni en los cuentos ni en la vida. Se resuelve uno y justo después aparece otro. El cuento nunca termina. Basta con que la vida continúe, que su movimiento no se detenga. Y a cada vuelta, la vida presenta frente a nuestros ojos una nueva forma y una nueva pregunta.

Un extremo de la vida de Manohar Lal y de su familia se había quedado en una *gasba*¹ del otro lado, cuando se efectuó la partición del país y, junto con miles de personas, ellos levantaron sus pertenencias y se fueron con las caravanas de los refugiados, cuando la atmósfera se llenó con el polvo de los pasos. De la misma manera en la que diferentes ríos comienzan a correr hacia el mar en su propio curso, las caravanas de refugiados también empezaron a avanzar hacia la línea divisoria,

¹ Poblado.

que en aquellos días había sido trazada para dividir al territorio y hacer dos países.

Manohar Lal, su esposa y sus dos hijos —entonces la niña pequeña estaba en los brazos de su madre y el grande de cuatro años, Pali, caminaba detrás de su padre en la caravana— juntaron sus atados de cosas. Los ojos desmesurados de cada refugiado buscaban el camino, sus oídos seguían la plática de cada persona que se cruzaba en el camino: quizás alguien pueda sugerirles una vía, quizás alguien les diga qué está pasando en todos lados, qué habrá más adelante.

El último día, el campamento de los refugiados de la gran ciudad ya había comenzado a vaciarse. Éstos levantaban nuevamente sus cosas y salían del campo; sobre la avenida, una fila de muchos camiones, estacionados uno detrás de otro, esperaba para llevarlos hasta la frontera. Manohar Lal también llevaba su atado sobre la cabeza, y tomaba a su hijo con la punta de los dedos. Su esposa Kaushalya también había colocado su atado sobre la cabeza y con la pequeña, que todavía tomaba leche, en sus brazos se dirigieron hacia los camiones, donde los refugiados arrojando sus bultos y cajas subían a saltos. Entonces Manohar Lal se percató de que la mano de su hijo Pali se había escapado de la suya. Para ese momento, Kaushalya ya había subido al camión y Manohar Lal, bajando su atado de la cabeza, se lo había dado. Entonces vio que Pali no estaba allí. Pero Manohar Lal no se preocupó mucho en ese momento. Pensó que por allí estaría. Todavía sentía el calor de la mano del niño en su palma. Había mucho ruido y mucha gente en todos lados. El jefe del campamento gritaba que todos subieran rápidamente al camión, antes de que terminara el día tenían que cruzar la frontera, el cláxon de los camiones sonaba y los refugiados se gritaban los unos a los otros.

Pero cuando Manohar Lal miró aquí y allá y no vio a Pali por ningún lado, entonces se preocupó. Retrocedió gritando “¡Pali, Pali!”, pero no recibió ninguna respuesta. Se puso nervioso repentinamente, y gritando en voz más alta comenzó a llamar a su hijo y mientras corría inconscientemente de aquí para allá.

En el camino, los camiones estaban saliendo uno a uno y el camión en el que su esposa estaba de pie con la pequeña ya se había llenado y tocaba el cláxon constantemente.

Mientras gritaba “Pali”, “Pali”, la garganta de Manohar Lal comenzó a secarse, las piernas a temblarle y su cabeza a dar vueltas. Ésta es la condición de la gente sin hogar. Manohar Lal gritaba en un camino lleno de gente, pero a él le parecía como si lo hiciera en algún lugar desolado.

En el momento en que estaba buscando a Pali el vehículo comenzó a deslizarse. Su aterrorizada esposa, con los ojos fijos en él que permanecía en medio del gentío (él también se había perdido ya entre la gente), repentinamente se alteró y comenzó a llorar y a gritar. Mechones de cabellos se esparcieron sobre su rostro, la pequeña estaba cayéndose de sus brazos, su aliento entrecortado parecía un fuelle.

—¡Deténgase! ¡Detengan el camión! ¡Dios mío, detengan el camión!

¿Pero quién escuchaba allí? Todos estaban gritando, cada uno en su lugar. Su familia no era la única que abandonaba el hogar. La mitad de las pertenencias de alguien acababa de ser puesta en el camión y las camas todavía estaban en el camino, la anciana madre de alguien no lograba subirse al vehículo, eran empujones tras empujones. En cuanto el camión comenzó a moverse hacia adelante, los ojos desmesurados de Kaushalya sólo buscaban una figura, la figura de su esposo que todavía estaba gritando. Cuando Kaushalya comenzó a llorar amargamente —así como un pájaro llora sobre su nido destruido— entonces su voz llegó a los oídos de alguien y la voz de alguien más se dejó oír también: —¡Detengan el camión, detengan el camión!— Luego una o dos voces más gritaron y la velocidad del mismo disminuyó.

¿Son las circunstancias, es el hombre mismo o el destino que decide? ¿Quién lo sabe? Las cosas pasan y la vida se burla de nosotros con sus ironías.

Kaushalya había soltado el atado y gritando iba a poner a la niña en las manos de un refugiado, cuando Manohar Lal regresó corriendo. El niño no estaba con él. ¿Quién sabe qué remolino se había tragado a Pali?

Algunas voces estaban llamando a Manohar Lal —el niño estará por aquí—. La gente llamaba a Manohar Lal agitando las manos —¡Ven, ven! Se habrá subido en otro camión. ¡Ven!— Algunas otras voces estaban llenas de enojo e irritación: —¿El

camión se detendrá a causa de tu hijo? ¡...si tienes que buscar al niño, baja del camión!— Las miradas habían cambiado, si Manohar Lal no hubiera regresado corriendo, entonces quién sabe si Kaushal ya se hubiera bajado llorando del vehículo y otro refugiado hubiera subido sus cosas. Ellos estaban en lo correcto, ¿no tenían que cruzar la frontera antes de que el sol se pusiera? ¿Tenía que quedarse detenido allí el camión a causa de un niño?

Las corrientes de compasión se habían secado en los corazones de los refugiados. Tiempo atrás, una vez que el mismo Pali se había perdido, entonces toda la *qasba* había salido a buscarlo. Ahora, alguien gritaba una y otra vez: —bájate, si tienes que buscar al niño entonces bájate.

Los esposos no sabían qué hacer, si bajarse del camión o quedarse en él. No se sabía nada de Pali, aún Manohar Lal y Kaushalya inconscientemente miraban hacia el camino con los ojos muy abiertos. Poco a poco la ciudad comenzó a quedar atrás, los gritos disminuyeron, sólo Kaushalya todavía iba sollozando. Después, ante sus ojos aparecieron árboles, sembradíos y campos llenos de vegetación. Perdido entre la multitud de la ciudad, Pali había quedado lejos. Kaushalya estuvo llorando amargamente largo rato, y en la caravana de camiones, el nerviosismo de los corazones se transformó primero en un llanto de locos, luego en silencio y después en una tristeza que chupa la sangre. La fila de vehículos comenzó a avanzar a trompicones. Cuando del cielo comenzaron a bajar las sombras y a titilar unas cuantas estrellas, entonces, bajo el cielo oscuro e inescrutable, Manohar Lal consoló a su esposa: —Lo encontraremos, lo encontraremos. Estará por aquí o por allá, no puede desaparecer, no. Algún caballero lo habrá puesto en otro camión—. Pero luego al ver los ojos petrificados de Kaushalya y la muda agonía marcada en su rostro le dijo: —¿Si no lo encontramos entonces qué haremos? Por la gracia de Dios todavía tenemos un niño, los tres hijos de Lekharaja fueron asesinados frente a sus ojos. Será lo que Dios quiera, ¿qué podemos hacer nosotros?

Los ojos desolados de Kaushalya todavía estaban fijos en el camino.

En realidad, qué mayor problema puede ser un niño pequeño que se ha perdido. ¿Qué sentido tiene hacer tanto escándalo

lo? En el convoy los refugiados sin hogar poco a poco comenzaron a hablar el uno con el otro. Las mujeres también empezaron a conversar. Por todas partes en poco tiempo se escucharon los sonidos de las risas.

Al llegar a la frontera empezó a oscurecerse. Cuando el camión se detuvo en un lugar, entonces Manohar Lal saltó del vehículo al camino y gritando —¡Pali, Pali!— empezó a hacer su humilde petición delante de todos los camiones. Se asomó a cada vehículo, pero no recibió respuesta alguna de ningún lugar. La voz regresó con un eco como si fuese una zona desierta. No supo nada del paradero de Pali.

Al llegar a la frontera, los refugiados bajaron del camión para subirse a otro, y éste avanzó hacia Amritsar en la oscuridad de la noche. El cielo, incrustado de innumerables estrellas, parecía risueño y misterioso. Los refugiados ya guardaban silencio y dormitaban en medio de los bamboleos del camión o contemplaban la calma absoluta y el vacío silencioso. Pero la esposa de Manohar Lal repentinamente comenzó a gritar, salió tal grito de su boca que a la gente sentada en el camión le pareció que la mujer se había vuelto loca, pero luego, después de gritar, Kaushalya comenzó a sollozar suavemente.

Cuando sollozó, la gente se consoló: la mujer no había enloquecido, sólo estaba triste, no lograba olvidar a su hijo. Después de estar sollozando largo rato, puso su cabeza sobre el hombro de su esposo y se durmió. Manohar Lal tomó entonces la decisión de que si realmente no encontraba a Pali, en cuanto encontrara un lugar dónde vivir, él regresaría y buscaría al niño como pudiera.

El convoy de camiones que iba hacia la India avanzaba hundido en la oscuridad. Qué habría adelante, nadie podía pensar en eso, sus mentes se encontraban inertes. El destino había puesto tal velo frente a sus ojos que detrás de él ni siquiera se percibía la flama de las velas titilantes. Únicamente había bamboleos del camión, cansancio, ojos muy abiertos, gargantas secas, y arriba de ellos, la extensión terrible de las incontables estrellas cintilantes.

Esa noche, después de horas de llanto, Pali se durmió pegado al pecho de Jainab. Sus sollozos se sumergieron entonces en

un océano de afecto profundo. El mayor refugio y la fuente más grande de cariño para el ser humano es el pecho de una mujer. Los dos brazos de Jainab lo sostenían en un abrazo. Era la primera vez en la vida de Jainab que experimentaba la felicidad que únicamente una mujer cuyo regazo ha estado desierto puede sentir. Era como si el pequeño y fragante cuerpo que estaba pegado a ella hubiese sido hecho para su regazo. Por vez primera a Jainab le pareció como si en cualquier momento fuera a salir leche de su pecho. De todo su cuerpo comenzó a surgir una maternidad impaciente.

—¿Por qué estás callada? —dijo Shakur.

Tendido sobre el camastro cercano, Shakur estuvo mirando fijamente el cielo abierto durante largo rato, cuyas innumerables estrellas le hacían recordar aquel *chunari*² de color azul oscuro de Jainab, con el cual la vio la primera vez que fue a su casa después de la boda y en el cual estaban bordadas estrellas parpadeantes. Atisbando en su *chunari* azul, al ver su rostro brillante, él se sintió tan orgulloso como si la luna hubiese descendido a su patio.

Shakur vendía trastes de porcelana. Calle tras calle, sendero tras sendero con un cesto de trastes sobre la cabeza, llevando en la mano un delgado bastón y anunciando sus trastes de porcelana, desde hace años él daba vueltas por las calles de la ciudad. Y esa tarde ese niño, expulsado por la marea de gente, se había quedado parado en la esquina de la calle, llamando a su padre una y otra vez: —¡Pitaji!, ¡Pitaji!—,³ cuando los ojos de Shakur se posaron en él y detuvo sus pasos. Luego, sentándose cerca de él, comenzó a consolarlo y a limpiar sus lágrimas. Y cuando vio que al consolarlo los sollozos del niño se calmaban, le dijo —Ven, te llevo con tu padre—, lo tomó de la mano y lo llevó consigo lentamente. Primero se dirigió hacia el lugar de donde habían partido los camiones de los refugiados. Para ese momento, ya todos los camiones se habían ido y el polvo que volaba se había asentado bastante. El campo de los refugiados estaba vacío. En la oscuridad de la noche, cuando Shakur puso los pies en el umbral de su pobre casa, Pali ya se había dormido recargado en su hombro.

² Velo de tela delgada.

³ Forma de llamar al padre entre los hindúes, en el norte de la India.

Shakur era un hombre temeroso de Dios, vivía la vida con temor. Cuando comenzaron los disturbios, él se hizo a un lado. Cuando le prendieron fuego al mercado y en las calles de la ciudad algunos hombres fueron asesinados, entonces él murmuró una frase: "La ira de Dios se ha desatado".

—¿Tú no hablas?—, Shakur preguntó a Jainab nuevamente.

—¿Qué puedo decir?— dijo ella con voz inerte, y guardó silencio después. Ella estaba empapada del afecto proporcionado por el cuerpo pequeño del niño, le parecía como si los obstáculos de toda la vida se derrumbaran dándole a su cuerpo cierta lasitud, pero aun así no quería decirle a su esposo que ella había recibido un regalo de Dios, que se había comenzado a levantar una corriente en su cuerpo al pegar a su pecho a ese niño desconocido.

—Todos los *sikhs* e hindúes han dejado sus casas. El campo se ha vaciado. Ahora ya nadie vendrá acá—Murmuraba Shakur.

Jainab permanecía callada. En sueños, el niño sollozó, dando profundos suspiros y poniendo su mano sobre el pecho de Jainab se sumergió nuevamente en el sueño.

Al mirar hacia el cielo, a Jainab también le pareció como si a causa de su buena fortuna todo estuviera brillando allá arriba. Pero hablando en el mismo tono que Shakur, de su boca salió: —Déjalo, en dónde lo has encontrado, ¿qué infortunio nos causará?

—¿Por qué nos lo causaría? Le estamos dando refugio—Shakur murmuró: —Si lo lleváramos a la estación de policía, no se lo darían a sus padres.

Ambos estaban buscando en el corazón del otro.

Mientras acariciaba la frente del niño con su mejilla, Jainab susurraba: —¿Cuál es su nombre?

—¿Cómo voy a saber? Le pregunté y estuvo diciendo Pali, Pali.

—Qué extraños son los nombres de los hindúes. Pali no es nombre. Yo le pondría Iltaf a mi hijo.

Callados, ambos se quedaron tendidos mucho tiempo. Jainab estaba sumergida en sus sentimientos internos, mientras Shakur pensaba varias cosas. Si nadie preguntara nada, entonces el regazo de Jainab se llenaría. El niño jugaría en el patio. Ahora nadie vendría a averiguar. El sastre Mahamud se

había llevado a una hindú a su casa, hasta ahora nadie había venido a preguntar, Mir Jaman había tomado todas las cosas de la tienda de su vecino sastre y las había puesto en su propia casa, nadie había venido a preguntar. Yo le estoy brindando refugio, le estoy dando apoyo a un niño triste, perdido... aun así, pensando todo eso en la mente de Shakur surgía la desconfianza por momentos.

Al día siguiente, cuando el niño despertó, al encontrarse en medio de gente extraña, comenzó a llorar nuevamente y a decir —¡Pitaji!, ¡Pitaji!—, entonces Jainab le puso en la boca un cuenco de leche, pasó su mano por su cabeza y se quedó acariciándole la espalda mucho tiempo. Poco a poco los sollozos del pequeño Pali cesaron. Los ojos de Jainab se levantaron varias veces en dirección a la puerta cerrada, no fuera que alguien escuchara y viniese para adentro. El niño había llegado a la casa, ¡pero era un niño robado! ¿Alguien se enteraría? Habría que tenerlo escondido por algunos días en casa.

Cuando dejó de llorar, Pali se quedó callado. Sentado en un lado del patio, miraba con los ojos perdidos hacia un lado, a veces hacia otro y suspiraba desconsoladamente. Cada vez que suspiraba Jainab sentía algo extraño. Con la llegada del niño había comenzado a sentirse fuera de sí.

Shakur tenía fe en que en uno o dos días el niño empezaría a conocer la casa y su corazón comenzaría a habituarse. Pero interiormente no estaba tan convencido. ¿Quién sabe si sus padres estarían vagando por aquí, y preguntando pudieran llegar a su casa? No todos los refugiados se habían ido. ¿Qué tal si en la estación de policía se enteran y entonces a él le tocara perder en vez de ganar?

De una forma u otra pasaron dos días. Al tercer día el niño comenzó a tranquilizarse un poco. Al ver un gato blanco sentado sobre el muro del patio, él se puso contento. Y cuando saltando llegó al piso, diciendo —¡gato, gato!— ella corrió hacia él: entonces la vida volvió a Jainab. Pero alguien tocó con fuerza a la puerta en ese instante.

La pareja se alarmó y sus corazones comenzaron a latir fuertemente.

—Ya han llegado los padres del niño —dijo Jainab, y la incertidumbre asomó por sus ojos.

—Ojalá que no sea la policía —dijo Shakur y sorprendido comenzó a mirar hacia la puerta.

Alguien golpeó a la puerta. Parecía como si estuviese golpeando con un *lathi*.⁴

—Abran la puerta —se escuchó una voz desde afuera.

—Abre la puerta por favor —dijo Jainab —ya veremos qué pasa.

Shakur avanzó rápidamente —Tú llévalo al cuarto.

Jainab se levantó y alzando al niño se dirigió hacia el cuarto.

Detrás de la puerta no estaba el custodio de policía, tampoco los padres del niño. Allí estaba de pie un *Maulvi*⁵ barbado con un *lathi* grueso. Junto a él había dos tipos con *lathis*.

—¿Quién ha traído aquí al hijo de un infiel? —El *Maulvi* dijo gritando, después de entrar por el patio. Los dos que llevaban *lathis* entraron tras él.

—¿Hay algún otro infiel escondido dentro de la casa?

Shakur trajo una silla rápidamente.

—Le juro por el Corán que nosotros no hemos escondido a nadie —Shakur dijo: —Nosotros sólo le hemos dado refugio a un niño huérfano.

—¿Dónde está ese niño?

—Está adentro, dormido.

El *Maulvi*, lleno de duda, miró el rostro de Shakur, luego golpeando fuertemente el piso con el *lathi* dijo: —Tráelo, preséntalo ante mí. ¿Quién es él?

En eso, por sí misma, Jainab salió cargando al niño.

—¿Estás dando abrigo al hijo de un infiel?

—Hemos adoptado al niño, no hemos cometido ningún pecado, *Maulvi Sahab* —dijo Jainab con firmeza.

—¿Ya le han hecho la circuncisión? ¿Ya ha aprendido el *kalma*?⁶

El alma le volvió al cuerpo a Jainab. El *Maulvi* no había venido para llevarse al niño. Sólo vino para convertirlo en musulmán. Pero ella se quedó callada.

⁴ Palo de bambú que se usa entre otras cosas como arma y como bastón.

⁵ Autoridad religiosa musulmana.

⁶ *Kalma* es la oración sagrada que se recita para confesar fe musulmana (*la ilaha illa'l-lah*, "No existe otro dios que Alá").

—¿Por qué no hablas?, ¿ya has puesto al hijo de un infiel en tu regazo? ¿Lo has amamantado? ¿Qué, has comenzado a criar a una serpiente?

Jainab se ruborizó con este argumento. Estaba sorprendida de la razón por la cual no había reparado en estas cosas. A ella no le parecía un infiel, ni la cría de una serpiente. Ella iba a decir algo cuando el *Maulvi* golpeando con su *latbi* en el piso, dijo: —Trae a ese hijo de infiel a la mezquita. Mañana en la mañana. Si no no te va a ir nada bien —y se dirigió hacia la puerta.

Después de que el *Maulvi* se fue, Jainab movió la cabeza y sonrió. Si el *Maulvi* quiere que aprenda el *kalma*, si, quiere hacerle la circuncisión, para qué esperar a mañana, hoy mismo estaría bien. Así ya nadie podrá arrebatarnos al niño. ¿Qué hay que temer? Quitando todo el peso de su cabeza, tomó al niño en sus brazos y lo besó varias veces.

Al otro día circuncidaron a Pali. Cuando vio la navaja, el niño se atemorizó y se escondió tras las piernas de Jainab.

El *Maulvi* comenzó a acariciar al niño justo después de haber terminado la circuncisión. Ahora cuando Pali, gritando por el dolor, llamó a su *Pitaji*, al *Maulvi* no le pareció mal, incluso sonreía. Los vecinos también habían llegado y los felicitaban. Primero, el *Maulvi* había traído un *topi rumi*⁷ de color rojo con una borla negra para Pali. Lo pusieron sobre su cabeza y Jainab le puso su nueva *kurta*⁸ de muselina. El *Maulvi* mismo, levantando al niño, lo puso en los brazos de Jainab.

—Toma, ahora él es tu hijo, no es el hijo de ningún infiel. Ahora es un hijo de la Fe.

Le cambió el nombre al niño y de Pali se convirtió en Iltaf.

La casa y el patio de Jainab y Shakur se habían llenado de luz. Después de haber repartido dulces⁹ en toda la localidad, Jainab presumió a su Iltaf llevándolo en brazos de casa en casa.

Poco a poco el chiquillo comenzó a acostumbrarse a su nuevo ambiente. En el transcurso de un año, el pequeño Pali

⁷ Sombrero alargado usado por los musulmanes.

⁸ Camisa larga y floja, de mangas largas.

⁹ En ocasiones especiales como el nacimiento de un hijo, darle un nombre a un niño o una boda es costumbre repartir dulces entre la comunidad.

comenzó a ser conocido como Iltaf Husain, hijo de Shakur Ahamad, el vendedor de trastes. Ahora, él jugaba en el patio de la casa a gritar anunciando sus trastes, como lo hacía su padre. Juntaba los trastes de la casa y los colocaba sobre un canasto, y luego comenzaba a dar vueltas en el patio con el canasto sobre la cabeza, como lo hacía su padre, gritando: —¡trastes de porcelana! ¡tazas, cuencos, platos! —Cuando llegó el mes de Ramadán, se paró en medio del patio y golpeando con fuerza un bote de latón vacío comenzó a gritar: —Levántense musulmanes, guarden el ayuno... ¡oh!.. ¡eh! —Muy pronto Jainab y Shakur lo inscribieron en la madraza de la mezquita y junto con otros niños comenzó a memorizar los *ayats* del Corán, balanceando la espalda,¹⁰ sentado sobre la plataforma de la mezquita. Jainab y Shakur habían encontrado un centro, un eje alrededor del cual su vida comenzó a transcurrir con gran felicidad. Ahora, los sueños del futuro de los esposos comenzaron a tejerse alrededor del pequeño Iltaf. Mientras Shakur daba vueltas vendiendo sus trastes, comenzó a imaginar el día en que él abriría una tienda de trastes de porcelana y ambos, padre e hijo, se sentarían en ella. No dependerían de nadie, dormirían cuando quisieran, se levantarían cuando quisieran. Y Jainab comenzó a soñar con el día ese en que su nuera, la esposa de Iltaf, entraría en el patio, haciendo sonar su ajorca con cascabeles, y entonces el patio se llenaría de luz.

Dos años transcurrieron así, con esta felicidad.

Un día, el vendedor de trastes no estaba en casa, y el pequeño Iltaf estaba en la madraza. Solamente Jainab, sentada detrás de la cortina de yute, molía trigo, cuando se oyó un golpe en la puerta. Jainab respondió sentada.

—Mi marido no está en la casa. ¡Venga en la tarde!

Hubo un silencio al otro lado de la puerta, luego se oyó la voz de alguien.

—Hay un citatorio para Shakur Ahamad. Ha sido llamado de la estación de policía.

Jainab dejó el molino, se puso bien el velo sobre la cabeza y se paró detrás de la cortina. Un escalofrío de incertidumbre recorrió su cuerpo de arriba a abajo.

¹⁰ Los musulmanes rezan inclinando hacia atrás y hacia adelante la espalda.

—¿Cuál es el problema?

—¿Lo mandará a la estación mañana por la mañana? Hay un asunto urgente.

—¿Cuál es el problema señor? —Jainab dijo con una voz temblorosa de miedo.

—Han venido de Hindustán a llevarse al niño. Ha llegado una carta.

Jainab se estremeció de la cabeza a los pies. La garganta se le secó.

—Que vaya mañana a la estación de policía, no se le olvide.

Del otro lado de la cortina se oyó el ruido de pasos que se alejaban.

Hay algunos golpes emocionales que hieren el corazón que se curan con el tiempo, pero hay otros golpes que se agusanan y consumen las entrañas y ya no queda nada bajo el control del ser humano. Cuando Kaushalya llegó a la India junto con su esposo, lo hizo con el regazo vacío.

Si ese día la fila de camiones hubiera llegado sana y salva a la frontera, y Manohar Lal y Kaushalya junto con su hija hubieran cruzado la frontera sanos y salvos, entonces poco a poco el polvo del tiempo habría caído sobre el recuerdo de Pali y la pena de la separación se habría debilitado. Pero no fue así. Después de salir de la ciudad pasó otro incidente. El convoy de camiones avanzaba en la noche cuando repentinamente algunas personas salieron gritando de los sembradíos cercanos, y llegaron al camino corriendo. Con los rostros embozados y con lanzas en las manos, comenzaron a escucharse groserías y consignas. Varios camiones habían pasado ya, pero los últimos tres cayeron en sus garras. En la oscuridad de la noche se empezaron a escuchar gritos, lanzas, llantos de dolor justo como los que habían presenciado Manohar Lal y Kaushalya en su *qasba*. Gotas de sangre comenzaron a volar por todos lados. Kaushalya golpeada, cayó y no supo nada más. Solamente llegaba la voz de su esposo a sus oídos: —¡dame a la niña! —y luego eso también cesó y luego vino otro golpe de atrás y ella cayó boca abajo. Cuando recobró la conciencia en algún lugar se oían silbidos, la oscuridad era total y alrededor se escuchaban los gritos de dolor de algunas personas. Debajo

de sus manos, el piso del camión estaba húmedo, de lo que podría ser agua o sangre. Entonces el camión aceleró, a ella le parecía como si las estrellas hubieran comenzado a caminar. Su garganta se quedó seca y sintió la urgencia de beber agua. Luego le pareció como si las estrellas hubieran comenzado a vagar y nuevamente perdió la conciencia.

Al llegar a Delhi, Manohar Lal sentía algunas veces como si todavía estuviera aprisionado bajo una pila de cadáveres; eso lo sofocaba. Al revolverse inquieto para salir de debajo de la pila, pensaba que si no lograba salir entonces él sería aplastado. Los caminos de Delhi estaban cubiertos de polvo, y sentía que si se sentaba a llorar todo el tiempo a su hijo, entonces él y su esposa morirían de hambre en esos mismos caminos. Miles y miles de refugiados vagaban por las calles de Delhi buscando abrigo. Si Manohar quería encontrar la manera de ganar para comer dos veces al día, entonces debía darle la espalda al pasado: —No soy yo el único que ha sufrido, también les han ocurrido cosas a miles de personas. —Alguna gente le había dado la mano, otra había desviado la mirada, pero al final, empujando una carreta, Manohar Lal comenzó a manejar su propia tienda en el mercado. Pero después de vagar todo el día, regresaba a su casa y encontraba a su esposa medio loca, sentada y absorta, o comenzaba a llorar mientras dormía, o a gritar, entonces su valor se acababa. Si mi mujer ha enloquecido, entonces cómo la cuidaré, el resto de su vida será sólo sufrimiento. Manohar Lal acariciaba a su esposa y poniendo la mano sobre la de ella, trataba de hacerle entender: —Mira, cariño, si Dios quiere, entonces todavía tendremos más hijos, controla tu corazón. Pero al oír la palabra hijos, ella comenzaba a temblar y algunas veces a llorar, de manera que el corazón de Manohar Lal también se atemorizaba.

Por eso después de estar todo el día detrás de su carreta, en su tiempo libre empezó a tocar puertas en las oficinas, en las cortes y en las casas de hombres importantes. El gobierno había abierto grandes oficinas, había comenzado a recobrar a mujeres y muchachas, pertenencias, a buscar la pista de la gente perdida y los que trabajaban en esas oficinas, funcionarios, trabajadores sociales, hombres y mujeres generalmente iban y venían de Pakistán por ese trabajo.

Las idas y venidas de Manohar Lal comenzaron, mas no obtuvo ningún apoyo. Empezaron a pasar meses y meses. No había ningún resultado. No se encontraba pista alguna por ningún lado. ¿Qué tan fácil era la tarea de buscar a un niño perdido en una ciudad de miles de personas? Cuando comenzó su periplo aumentó su esperanza, llegó a pensar que en cuanto llegara a esa ciudad, él correría e iría a esa colonia, donde la mano de Pali se había zafado de la suya, y él, Pali, estaría esperándolo parado en la esquina de una calle, lo levantaría inmediatamente, regresaría a Delhi y lo depositaría en los brazos de Kaushalya.

Pero no le hallaba fin a esa búsqueda. El caso de Manohar Lal estuvo ventilándose durante dos años. Los funcionarios del gobierno encargados de la recuperación de personas y los grupos de trabajadores sociales iban a Pakistán y él algunas veces hacía un atado e iba con ellos. Sin embargo, siempre regresaba golpeándose la cabeza por el fracaso.

Pero dos años después encontró una pista. Se supo que en cierta colonia estaba el niño en la casa de un vendedor de trastes de nombre Shakur. Y cuando el grupo partió entonces Manohar Lal nuevamente fue con ellos creyendo en sus esperanzas.

El día que el alguacil fue por vez primera a casa de Shakur Ahamad con una orden judicial, Jainab había estado inquieta como un pez fuera del agua. En el patio lleno de luz una serpiente comenzó a erguirse y a pulverizar sus sueños.

Pero conforme anochececió recobró la tranquilidad nuevamente. Shakur llegó a casa. Al escuchar la noticia su cara se puso pálida y sus piernas temblaron, pero cuando la noticia llegó a la gente de la colonia fueron a visitarlos varios simpatizantes, incluso el *Maulvi Sahab*, quien llegó también con su *lathi*.

—Que se vayan al diablo. Nadie se atreverá a ponerle una mano encima al niño. Ahora ya ha aceptado la Fe, ¿crees que dejaremos que llegue a las manos de esos infieles?

El alma de Jainab se tranquilizó. El *Maulvi* estaba en lo correcto, ahora ya no era ese niño que había dormido la primera noche en sus brazos. Si se lo hubieran llevado en ese entonces, hubiera estado bien, ¿pero ahora quién podría llevárselo?

Hubo una reunión de ancianos y se decidió que el *Maulvi Sahab* mismo les explicaría a los policías que cuando el alguacil fue a entregar la orden, él mismo escribió sobre ella que Shakur Ahamad no se encontraba en su casa, que había salido y que no se sabía cuándo regresaría. Y si volvieran a buscarlo, entonces la pareja se iría a uno u otro lado llevándose al niño. —Como sea, nosotros veremos, pero ningún infiel puede llevarse al pequeño de aquí —golpeando con el *lathi* salió con mucha convicción.

Luego comenzó un extraño juego de escondidas, pues los tratados los hacen los líderes del gobierno, pero son los empleados de abajo quienes los ponen en práctica. Cuando desde arriba se daba la orden de que se recobrara al niño, entonces el policía de la estación caminaba derecho y llegaba a la casa correcta. Tocaba a la puerta, intimidaba, amenazaba y se le ponía dinero en las manos, tras lo cual regresaba y escribía en el citatorio que había un candado puesto sobre la casa, que sus moradores habían salido y que no se sabía cuándo regresarían.

Aquí el asunto no era el de una mordida pequeña y común, ni se trataba de hacer volver a un niño adoptado, se estaba convirtiendo en un asunto de Fe, no enviar al niño era un acto útil para la religión y para hacer méritos.

Luego comenzaron a transcurrir los meses y los años.

Hasta que una vez toda una tropa llegó de verdad a casa de Shakur Ahamad. Pero sí había un candado en la puerta de la casa. Esa misma noche llegó la noticia de que en realidad la familia había salido clandestinamente al recibir la noticia. Se supo que Shakur Ahamad se había ido con su hermano a Shekhupura. ¿Quién sabe cuándo volvería? La tropa llegó a Shekhupura, pero justo un día antes Shakur Ahamad y su esposa e hijo se habían ido a Laylapur: —Sí, el niño también estaba con ellos, pero no sabemos su paradero, se fueron sin decirnos nada.

En este juego de las escondidas pasaron tres años. El rostro de Manohar Lal se había oscurecido, sobre sus mejillas se habían marcado unas líneas profundas, sus cabellos habían encanecido, frente a sus ojos se paseaba la duda todo el tiempo. Qué es

verdad, qué es mentira, su juicio estaba desorientado. La vida estaba devorando a Manohar Lal como el halcón lo hace con un pájaro al que aprisiona con su pico.

Como se quiera ver, ya fuera por la firmeza de la resolución de Manohar Lal o por el impacto de los lamentos de la desafortunada Kaushalya, dos años después, él estaba sentado realmente en el patio de Shakur Ahamad. También había más miembros de la tropa de búsqueda. Había funcionarios del gobierno. Había trabajadoras sociales, trabajadores sociales. De parte del gobierno de Pakistán estaba un magistrado. Había dos autoridades de policía. En realidad era la influencia de una recomendación que Manohar Lal había conseguido de un importante funcionario del gobierno, mediante un pariente suyo importante; este funcionario había conversado con altas autoridades de Pakistán y el asunto había comenzado a avanzar y hoy había llegado hasta allí. Hoy estaba por realizarse todo el proceso jurídico, tras el cual, si se probaba que el niño era de Manohar Lal, entonces Manohar Lal lo tendría.

El patio estaba lleno de tensión. A un lado se encontraba sentado el *Maulvi* alejado de las autoridades, afuera de la casa había de diez a veinte hombres de pie y tras la cortina de yute, Jainab estaba sentada en la veranda. La cara pálida, como la llama del fuego y los ojos como los ojos del águila, de cuyo nido alguien quisiera robar un huevo. Pali de ocho años —ahora Iltaf Husain— estaba sentado junto a ella, espantado, nervioso. Jainab, impaciente, lo cubría con sus brazos una y otra vez. Se estaban diciendo varias cosas antes de empezar el proceso.

—Nadie puede llevarse al niño. Ningún infiel puede ponerle la mano encima —dijo el *Maulvi Sahab*.

El grupo que había venido de India le estaba solicitando al magistrado que le indicara al *Maulvi Sahab* que guardara silencio, que con eso causaría tensión.

Después de la partición del país las gotas de sangre se habían secado sobre los caminos, pero sus manchas todavía no se habían borrado, el fuego de las casas quemadas ya se había extinguido, pero sus esqueletos negros todavía estaban de pie en muchos lugares. La locura del tiempo de la Partición se había enfriado bastante, pero la influencia restante todavía no se había borrado de la mente de las personas.

—Presenten al niño —Se oyó la voz del magistrado.

Jainab se inquietó por esto y dijo: —nosotros no hemos robado al niño de nadie, ¿porqué mandar al niño?

—Presenten al niño —dijo el magistrado nuevamente, por eso Shakur Ahamad fue a traer al niño detrás de la cortina.

El corazón de Manohar Lal estaba latiendo. De nuevo había llegado un momento decisivo, que decidiría su destino. Su corazón sufría por la posibilidad de ver otra vez a su hijo. Pero al mismo tiempo la duda y el miedo oscurecía a su mente.

El niño se dirigió al frente. Al ver a la multitud de gente en el patio, se puso aún más nervioso, se escondió entre las piernas de Shakur, mordiéndose las uñas por el miedo y comenzó a ver a la gente que estaba parada alrededor.

—Hijo, ven aquí, mira quiénes son ellos, ¿conoces a alguno? —dijo el magistrado. El oficial de policía añadió en voz alta: —!que nadie más diga algo! Dejen que el niño lo reconozca por sí mismo.

Manohar Lal no pudo reconocer por sí mismo a su hijo. Un niño de ocho años, de estatura alta, con un *topi rumi* en la cabeza y abajo una *kurta* de muselina y un *salvar*.¹¹ Los ojos de Manohar Lal lo estaban engañando. Se quedó mirándolo largo rato sin parpadear, luego, así nada más, al reconocer al niño fue como si un rayo pasara por su cerebro y se le hizo un nudo en la garganta. Él quería gritar y decirle: —¡Pali!, ¡Hijo, Pali!— pero logró controlarse con gran dificultad.

Al ver a su *Pitaji* no hubo cambio alguno en el gesto del niño. Él estaba temeroso desde antes y viendo a la gente se puso aún más nervioso. Manohar Lal de pie, lo veía con emoción. El cuerpo del niño se había llenado, se había hecho mas alto. Se veía más bonito.

A Manohar Lal le pareció que el momento decisivo vino y se perdió: nada se había conseguido. Ahora él nuevamente se quedaría vagando en el desierto de la vida.

El *Maulvi*, rompiendo el silencio extendido hacia todos lados, dijo: —¡Ya vieron ustedes que el niño no reconoció a nadie. Si fuera de él, entonces hubiera llegado hasta él corriendo. ¡Y encima ha venido a llevarse al niño!

¹¹ Tipo de pantalón.

La trabajadora social de India se levantó inquieta. Se dirigió al niño y le dijo: —¡Hijo!, ven aquí, ve, ¿quién es él?

Al oír esto el oficial de policía gritó nuevamente: —¡he dicho que nadie hable! Dejen que el niño lo reconozca por sí mismo.

Adentro, Jainab estaba sentada controlando la respiración. ¿Quién sabe cómo estaba su corazón?

La trabajadora social volteó la cara hacia Shakur y le dijo: —Usted ha admitido que el niño no es suyo, que lo ha adoptado.

Shakur iba a decir algo a manera de respuesta, pero el *Maulvi* dijo, golpeando con su *lathi*: —nosotros también aceptamos que el niño es adoptivo, ¿pero quién puede aceptar que el niño es de un hindú y que es de este señor?

El magistrado movió la cabeza, y miraba por turnos, ahora hacia el niño, ahora hacia Manohar Lal. Manohar Lal estaba abatido. El niño se hallaba parado frente a él y él, atrapado en un dilema, sólo lo podía observar. El momento decisivo se estaba resbalando entre su dedos.

—El niño se ha puesto nervioso —dijo la trabajadora social.

—Usted guarde silencio.

—Basta, ya es suficiente. ¿Qué más quieren ver? —gritó el *Maulvi* —márchense de aquí.

Entonces la trabajadora social se dirigió a Manohar Lal —¿dónde está la fotografía que usted me estaba mostrando?

Manohar Lal no había encontrado otra cosa como prueba, sólo una pequeña fotografía que había traído consigo. Por deseo de Kaushalya, él había hecho que les tomaran una fotografía a él y a Kaushalya con el niño cuando era pequeño en una feria de Baisakhi.¹² En la fotografía el pequeño Pali estaba sentado en el regazo de su madre. ¿Pero ahora de qué servía? El niño había crecido tanto, que no se podía obtener nada al buscar un parecido entre él y la fotografía.

Pero él sacó la fotografía de su bolsillo y la puso en la mano del magistrado.

—Es el niño de la fotografía, señor. Es este mismo niño, véalo usted mismo.

¹² Fiesta hindú celebrada sobre todo en Punjab, el 13 de abril, y que marca el paso de un signo zodiacal a otro.

Alterado por esto, Shakur Ahamad dijo: —qué se puede probar con la fotografía, señor. Nosotros también tenemos. —Se fue e inmediatamente regresó limpiando con su manga un retrato en un marco y lo colocó frente al magistrado.

La fotografía de Manohar Lal todavía estaba en la mano del magistrado.

—Ven aquí hijo —el magistrado llamó al niño a su lado y le puso enfrente la fotografía, él no dijo nada. Él sabía que el niño no lograría reconocer su propia cara.

El niño estuvo mirando largo rato con cuidado el retrato puesto ante sí, luego levantó su índice, lo puso sobre la imagen y dijo en voz alta: —¡Pitaji!— y después, poniendo su índice sobre el rostro de Kaushalya dijo gritando así: —¡Mataji!¹³

En el corazón del niño comenzó a surgir una perturbación desconocida.

Manohar Lal comenzó a llorar violentamente y para sofocar sus sollozos varias veces se tapó la boca con un extremo de su turbante.

El magistrado puso frente al niño la otra fotografía. La cara del pequeño se iluminó y dijo con felicidad: —¡Abbaji! ¡Ammi!¹⁴

Una oleada de felicidad recorrió el corazón de Shakur.

Los ojos de Jainab, sentada tras la cortina de yute, se humedecieron.

El ceño fruncido del *Maulvi* se suavizó al escuchar la respuesta del niño.

—Ahora es el hijo de un musulmán, no de un infiel. Ya ha aprendido el *kalma*.

—Guarde silencio —dijo gritando la trabajadora social.

—¿Por qué habría de callarme? Ese señor lo había abandonado. Nosotros lo hemos criado —gritó en voz alta el *Maulvi*.

Al oír la fuerte voz del *Maulvi*, el niño primero se escondió detrás de las piernas de Shakur, pero luego se fue corriendo detrás de la cortina de yute.

La agitación de dentro de la casa seguramente se había escuchado afuera, pues de allí empezaron a hacer eco las consignas: —Allah-o-Akbar.

¹³ Forma de llamar a la madre entre los hindúes en el norte de India.

¹⁴ Forma de llamar al padre y a la madre entre los musulmanes.

La trabajadora social y los dos oficiales que habían venido de India insistían con que, puesto que el niño había reconocido a su padre, fuera puesto bajo su custodia, pero la situación se estaba complicando. Nuevamente había tensión en el ambiente. Allá, tras la cortina, el niño tenía la cabeza puesta sobre el regazo de la asustada Jainab que lo rodeaba con sus brazos.

De quién es el niño, o quién lo había criado, esto ya no tenía importancia. La cuestión importante nuevamente era la del hindú enfrentando al musulmán.

A Manohar Lal no se le ocurrió nada más que acercarse a la cortina de yute, y juntando ambas manos dijo: —hermana, yo no he venido a pedirte el niño, sino a rogarte por la vida de mi esposa. Ella ha perdido a sus dos hijos. Sin Pali se está volviendo loca. Sufre día y noche. Ten piedad de ella.

Detrás de la cortina de costal reinaba el silencio. El oficial también se calló y comenzó a mirar hacia la cortina. El *Maulvi* también se puso de pie, tenía la esperanza de que como respuesta este hombre sólo recibiera groserías provenientes de detrás de la cortina.

Pero luego se oyó una voz quebrada: —llévate a tu hijo, nosotros no queremos que nos caiga la maldición de ningún desafortunado. Nosotros qué íbamos a saber que habías perdido a tus dos hijos.

Manohar Lal hubiera querido ir detrás de la cortina y tocar los pies de esa mujer.

Alrededor de una hora después vino la despedida del niño. Jainab y Shakur, llorando, lo vistieron con ropa blanca, que le habían mandado hacer para el *Id*, que ya se aproximaba. Sobre su cabeza llevaba puesto un *topi rumi* y al enviarlo afuera se oyó la voz de Jainab que decía detrás de la cortina: —Les daré al niño con una condición... cada año lo enviarán con nosotros para la fiesta de *Id*.¹⁵ Se quedará con nosotros un mes completo. Dime, ¿aceptas? Promételo.

En el cuerpo de Manohar Lal comenzó a correr un escalofrío. Así, juntando las manos, dijo: —¿es tu tesoro, hermana!, tú lo has criado. Yo te lo prometo, ¡nunca olvidaré tu favor en ninguna de mis vidas!

¹⁵ Se refiere a la fiesta de *Idul-Fitar*, celebrada el primer día del décimo mes del calendario musulmán, *shavvaal*.

La vida nuevamente comenzó a andar. Otra vez caminos zigzagueantes, curvas, subidas y bajadas. Si el asunto se hubiera terminado allí, entonces la historia completa se habría convertido en un cuento. Pero el asunto no paró allí. Ningún asunto termina para siempre, aunque la trabajadora social y las autoridades trazaron una línea sobre otro nombre más en la lista de las personas que se habían recuperado y lo agregaron a la lista de sus logros.

El jeep del gobierno corría a gran velocidad. En el asiento delantero, el alguacil con un rifle iba sentado junto al chofer y junto a él estaba un oficial de policía. En la parte trasera, de un lado, padre e hijo estaban sentados juntos. Enfrente, se encontraban el trabajador y la trabajadora social y un oficial de India. El chiquillo, sentado, todavía estaba muy asustado, pero su cuerpo se estaba pegando lentamente al cuerpo de su padre. La sangre del cuerpo de Manohar Lal nuevamente estaba circulando gracias al calor del cuerpo del niño. Los lazos del afecto estaban uniéndose otra vez.

Al mediodía cruzaron la frontera. Toda la gente se bajó del jeep pakistaní y después de mostrar los papeles oficiales a las autoridades indias que estaban paradas cruzando la frontera, regresaron a su jeep. Manohar Lal, su hijo y los otros miembros del grupo se sentaron en otro jeep. El jeep partió hacia Amritsar.

Cuando el vehículo comenzaba a entrar en los campos, quién sabe qué idea pasó por la mente de la trabajadora social, sentada en el asiento trasero, que extendiendo su mano derecha tomó el *topi rumi* de la cabeza del niño y lo arrojó inmediatamente fuera del jeep. El *topi rumi* de color rojo, con una roseta negra, volando, cayó a la orilla polvosa del camino.

—¡Mi *topi*!— La mano del niño se posó sobre su cabeza.
—¡Ay, mi *topi*!

El trabajador social dijo inclinándose hacia el frente: —¿por qué el hijo de un hindú habría de usar un *topi* de musulmán?

A Manohar Lal le pareció absurdo quitarle el *topi* de esa manera y arrojarlo. Pensó que en el corazón del niño se había producido una profunda impresión. Él dijo con paciencia: —¿Qué sabía el niño que ése era un *topi* musulmán? ¿Por qué lo tiró? Detenga el jeep, iré a traerlo.

El niño se había puesto lloroso y todavía tenía la mano sobre su cabeza, estaba gritando: —mi *topi*, mi *topi*.

—Qué sabe el niño —Manohar Lal dijo otra vez con paciencia —mire, el niño está llorando.

—Déjelo llorar, déjelo llorar, no es nada, ya no le pondrá un *topi rumi*. Se callará en poco tiempo.

Y el jeep avanzó en medio del polvo que volaba.

Lejos, en una ciudad en la que, aunque pequeña, se habían establecido muchos refugiados, la noticia se esparció como un relámpago, como si algo extraordinario hubiese pasado, que el hijo de Manohar Lal y Kaushalya había regresado. Ay, en la casa de Dios hay tardanza, pero sí hay justicia: después de cinco años había regresado. —¡Qué afortunada eres!—. Decían las mujeres a la madre al tiempo que besaban la cabeza del niño, lo bendecían y uniendo las manos daban gracias a Dios. —Aquéllos que están destinados a tener una vida larga... mira hermana, la niña que llevabas pegada al pecho, ésa murió, y aquel que estaba perdido y solo, ése se salvó y ha vuelto a casa. Aquel al que Dios protege...

Al llegar allí, el niño lloraba de la misma manera en la que él lo hacía como el primer día en la casa de Jainab y Shakur. El primer día estuvo mirando a su mamá desde lejos, en ella no quedaba nada de su mamá de antes. En cuanto perdió a su hijo, perdió toda la juventud. A la mente del niño regresaron lentamente los recuerdos vagos, confusos, sin relación alguna. Recordó a su pequeña hermana en los brazos de su mamá, luego recordó al búfalo que estaba atado afuera de su casa y sobre cuyo lomo se subía, luego recordó la plataforma de madera que estaba puesta afuera de la casa, luego comenzó a escuchar puro ruido. Por otra parte, la razón de su madre regresó lentamente. Ella no podía creer que quien estaba parado frente a ella, mordiéndose los dedos, que la miraba fijamente, era su Pali. Algo daba vueltas en su interior y su inquietud aumentaba.

Así transcurrieron tres o cuatro días.

Era domingo. En el diminuto patio de la casa de Manohar Lal se tocaba un *dholak*¹⁶ y las mujeres de la colonia estaban sentadas, cantando. En el patio se extendían dos pequeños tape-

¹⁶ Tambor usado en música folclórica y que generalmente tocan las mujeres.

tes. Había una o dos sillas. Uno o dos catres. Ahora Kaushalya estaba muy recuperada y había comenzado a reír y a hablar un poco. Ahora el niño también se sentaba junto a ella por momentos. Kaushalya traía puesto un *chunari* rojo, un *chunari* rojo con listones dorados, símbolo de su gran fortuna.

Manohar Lal estaba repitiendo, ahora frente a algunos vecinos, ahora frente a otros: —Ellos alojaron al niño en su corazón y lo cuidaron. Nunca en la vida podré olvidar su favor.

—Sin duda, sin duda, no falta gente buena en el mundo. —Decían las personas asintiendo con la cabeza.

El patio estaba lleno de gente y Manohar Lal traía una charola de *laddus*¹⁷ que repartía entre la gente por esta ocasión auspiciosa, cuando Pali hizo un movimiento extraño. En ese momento él estaba sentado pegado junto a su mamá, enfrente de las mujeres que tocaban el *dholak*. Él estaba viendo hacia el *dholak* completamente concentrado. Se levantó silenciosamente y fue hacia un cuartito a mano derecha e inmediatamente trajo una estera y extendiéndola en un lado del patio, se sentó de rodillas y comenzó a hacer *namaz*.¹⁸

En el patio, muchas mujeres y hombres lo estaban viendo con gran curiosidad. La gente estaba sorprendida: —Qué es eso, Kaushalya, qué está haciendo tu hijo? —Ante esto, Manohar Lal se levantó y le explicó a un hombre que estaba parado junto a él: —Diario, al mediodía, en ese momento se levanta y comienza a hacer *namaz*, él sabe por sí mismo que ha llegado la hora del *namaz*.

Manohar Lal lo dijo, pero comenzó a sentirse apenado de que su hijo estuviese haciendo *namaz* enfrente de tantas personas. Antes de hacer la fiesta, a Manohar Lal se le había olvidado que su hijo haría *namaz* a esa hora.

—¿No se lo vas a prohibir? —se oyó una voz.

—Es un niño, él qué sabe. Poco a poco lo entenderá por sí mismo.

Acerca de esto, un caballero, que era el jefe de la colonia, dijo en voz alta: —Si se lo prohibes ahora, entonces dejará de hacerlo, si no este niño se quedará como un musulmán.

¹⁷ Dulces.

¹⁸ Rezo musulmán que se realiza cinco veces al día en dirección a la Meca.

Todo el tiempo que el niño estuvo haciendo *namaz*, la gente, parada alrededor de él, lo miraba. Y Manohar Lal decía una y otra vez, como si estuviese disculpando a su hijo: —Ellos no tenían hijos propios. Pero ellos lo pusieron en su pecho y lo cuidaron durante cinco años. Nunca podré olvidar su favor en ninguna de mis vidas. —El jefe de la colonia dijo gritando: —Han devuelto al niño convertido en un musulmán y aún así los estás defendiendo.

El niño estaba sentado de rodillas y haciendo un cuenco con ambas manos, lo elevó hacia el cielo, mientras repetía las palabras de *ibadat*.¹⁹ Entonces, el jefe de la colonia, que estaba de pie junto a Manohar Lal, fue a pararse cerca del niño.

Al terminar de hacer *namaz*, el niño pasó ambas manos sobre su rostro, pero el jefe lo agarró de la muñeca y lo trajo a mitad del patio.

—¿Qué estabas haciendo?

El niño se había puesto nervioso, luego dijo con lentitud: —Estaba haciendo *namaz*.

El jefe dijo rugiendo: —Aquí no se va a hacer eso, aquí no se va a hacer *namaz* ni nada que se le parezca. —Y dirigiéndose a las personas que estaban paradas alrededor dijo: —Los musulmanes han llenado su mente con el veneno del fanatismo. —Luego de esa manera, dijo en voz alta a un compañero: —llama al *Pandit* y al barbero. En este momento mandaremos rapar la cabeza del niño y que le dejen una *chutiya*.²⁰ Ya veremos. Lo enviaron convertido en un musulmán.

El niño estaba nervioso y se puso lloroso.

—¿Cuál es tu nombre?

El niño levantó sus ojos hacia el jefe gordo y dijo con voz temerosa: —¡Iltaf! Iltaf Husain, hijo de Shakur Ahamad.

El jefe sintió ganas de darle una cachetada al niño. Éste sintió sobre su muñeca la presión de su puño. Pero todavía, tembloroso, lo estaba mirando a la cara.

—No, tu nombre es Pali, Yashpal.

El niño se quedó callado y luego murmuró lentamente: —Iltaf.

¹⁹ Rezos musulmanes.

²⁰ Mechón de cabello largo que se deja en la cabeza de los hindúes.

—Si mencionas ese nombre otra vez ya verás; te arrancaré la lengua.

Luego dijo a la gente que estaba parada cerca: —¿Ven la obra de los musulmanes? A eso se le llama propaganda.

En eso llegaron el barbero y el *Pandit*, así como un hombre sobre cuya cabeza estaba puesto el fuego del sacrificio en un brasero y detras de él otro hombre cargado con una cajita de *ghi*,²¹ una bolsa con las cosas para el sacrificio y leña para el mismo.

Se sentó al niño nuevamente sobre una estera y el barbero, afilando la navaja sobre la palma de la mano y con la orden del *Pandit*, comenzó a afeitarse la cabeza metódicamente.

Todo el tiempo que tardaron en afeitarse se estuvieron oyendo los ligeros sollozos de debajo del cuello agachado del pequeño. Una vez, el niño se levantó nervioso y gritando —¡*Ammi!*, ¡*Ammi!* ¡*Abbaji!*— se paró pegado a una pared del patio. Él estaba viendo con unos ojos enormes al jefe, tal como un venado aterrorizado ve al cazador. Esta vez Manohar Lal fue a traerlo por órdenes del jefe y, tomándolo de la muñeca acariñó al niño y lo trajo a la estera.

Justo en medio de la cabeza afeitada se agitaba un *chutiya*. Luego bañaron a Pali y le pusieron un *dothi*²² y una *kurta* limpiísimos. En medio de la recitación de mantras se le puso ritualmente el *janeu*...²³

—¿Niño, cuál es tu nombre? Di cinco veces: Pali, Pali, Pali...

Un poco después el pequeño Yashpal, vistiendo el atuendo de un joven *brahmachari*, con las manos unidas y pegado a su padre, junto a la puerta, despedía a los amigos y parientes que habían venido a la casa y éstos poniendo las manos sobre su cabeza lo bendecían al ir saliendo. Manohar Lal seguía repartiéndole *laddus*.

En ese momento a miles de millas de distancia, Jainab y Shakur, sentados en su patio desolado, pensaban en muchas cosas. Jainab decía: —Se fue y se llevó toda la alegría de la casa.

²¹ Mantequilla clarificada.

²² Tela delgada y larga que usan los hombres anudada a la cintura y que les llega hasta los pies.

²³ Cordón sagrado que usan los brahmanes, ksatriyas y vaisyas.

En este momento yo solía salir a buscarlo en las calles de la colonia. A veces él llegaba de un lugar, a veces de otro. ¿Él vendrá para Id, no? ¿Esa gente nos lo va a enviar, no? ¿Acaso no podremos ir a verlo? Tú dices que tienes un pariente que vive en Bareilly, no? Nosotros nos quedaremos con él e iremos a ver a nuestro hijo. ¿Tú...? —y se secaba los ojos una y otra vez. ❖

